

Capítulo primero

Al final de la calle Guénégaud, según se viene de los muelles, se halla el pasaje del Pont-Neuf, especie de corredor estrecho y sombrío que va de la calle Mazarine a la calle de Seine. Este pasaje mide, a lo sumo, treinta pasos de largo y dos de ancho; está pavimentado de losas amarillentas, desgastadas y fuera de su sitio, rezumando siempre una humedad acre; la cristalera que lo cubre, cortada en ángulo recto, está negra de suciedad.

En los hermosos días de verano, cuando un sol agobiante abrasa las calles, una claridad blanquecina cae sobre los sucios cristales y se difunde tímidamente en el pasaje. En los días malos de invierno, en las mañanas de niebla, los cristales no arrojan más que la oscuridad sobre las losas viscosas, una oscuridad lóbrega y sucia.

A la izquierda se abren unas tiendas oscuras y bajas, aplastadas, que dejan escapar fríos relentes de bodega. Hay allí librerías de ocasión, vendedores de juguetes y objetos de cartón, cuyas estanterías, grises de polvo, parecen dormitar en la sombra; las vitrinas, hechas de pequeños cristales, espejean sobre las mercancías verdosos y cambiantes reflejos; más allá, detrás de los escaparates, las tiendas tenebrosas parecen otros tantos agujeros lúgubres en los que se agitan formas extrañas.

A la derecha, a todo lo largo del pasaje, se extiende una

pared, contra la cual los tenderos de enfrente han adosado estrechos armarios, en cuyas frágiles tablas, pintadas de un horrible color pardo, se exhiben objetos sin nombre y mercancías olvidadas allí desde hace veinte años. Una vendedora de bisutería se había establecido en uno de aquellos armarios, donde vendía sortijas de quince centavos, cuidadosamente colocadas sobre un terciopelo azul, en el fondo de una caja de caoba.

Por encima de la cristalera, la pared sube, negruzca y toscamente enjalbegada, como cubierta de lepra y llena de costurones.

El pasaje del Pont-Neuf no es un lugar de paseo; se pasa por él para evitar un rodeo y ganar unos minutos. Lo atraviesa un público de gente atareada cuya única preocupación es ir de prisa y atajando. Se ven aprendices con delantal de trabajo, obreros que van a entregar su labor, hombres y mujeres con paquetes bajo el brazo; se ven también viejos caminando fatigosamente a la tétrica luz crepuscular que cae desde los vidrios, y pandillas de chiquillos que, al salir de la escuela, van allí para hacer ruido corriendo, haciendo resonar sus zuecos sobre las losas. En todo el día no cesa aquel ruido seco y de pasos precipitados que retumban en la piedra con irritante irregularidad; nadie habla ni se para; cada uno corre a sus ocupaciones, cabizbajos y caminando rápidamente, sin echar siquiera una mirada a las tiendas. Los tenderos miran con aire inquieto a los transeúntes que, por milagro, se detienen delante de sus escaparates.

Por la noche, tres mecheros de gas, encerrados en unos faroles macizos y cuadrados, alumbran el pasaje. Estos mecheros, colgados de la vidriera, contra la que arrojan

manchas de claridad leonada, proyectan en torno a ellos círculos de un pálido resplandor que vacilan y parecen desaparecer por momentos. El pasaje adquiere el aspecto siniestro de una verdadera ladronera; grandes sombras se alargan sobre las losas, ráfagas húmedas soplan desde la calle; se diría una galería subterránea vagamente alumbrada por tres lámparas funerarias. Los vendedores se contentan, por toda iluminación, con los rayos macilentos que los mecheros de gas envían a las vitrinas de sus escaparates; dentro de las tiendas únicamente encienden una lámpara con pantalla que colocan en un rincón del mostrador, y los transeúntes pueden distinguir entonces lo que hay en el fondo de esos agujeros en los que la noche habita durante el día. Sobre la línea negruzca de las portadas rebrillan los cristales de una tienda de objetos de cartón: dos lámparas de esquisto rasgan las tinieblas con sus dos llamas amarillentas. Y, al otro lado, una bujía, colocada dentro de un tubo de quinqué, siembra estrellas de luz en la tienda de bisutería. La vendedora, con las manos ocultas bajo el chal, dormita en el fondo de su armario.

Hace unos años, frente a la vendedora de bisutería, había una tienda cuyo maderaje, de un color verde botella, rezumaba humedad por todas sus resquebrajaduras. En el letrero, hecho con una tabla estrecha y larga, se leía, en letras negras, la palabra: «*Mercerie*», y en uno de los cristales de la puerta estaba escrito un nombre de mujer: *Thérèse Raquin*, en caracteres rojos. A derecha e izquierda se ahondaban unos escaparates profundos, tapizados con papel azul.

Durante el día, la mirada no podía distinguir más que el muestrario del escaparate, envuelto en una suave penumbra.

A un lado de la puerta había un poco de ropa blanca: gorros de tul de canutillo a dos y tres francos la pieza, mangas y cuellos de muselina, camisetas, medias, calcetines y tirantes; cada prenda, amarillenta y arrugada, pendía lamentablemente de un gancho de alambre. La vitrina, de arriba abajo, se hallaba así llena de andrajos blancuzcos a los que confería un aspecto lúgubre la transparente oscuridad. Los gorros nuevos, de un blanco más brillante, resaltaban como manchas crudas sobre el papel azul que cubría las maderas, mientras los calcetines de color, colgados a lo largo de una varilla, ponían unas notas sombrías en el desvaimiento pálido e indeciso de la muselina.

Al otro lado de la puerta, en un escaparate más estrecho, se exhibían gruesos ovillos de lana verde, botones negros cosidos en cartones blancos, cajas de todos los colores y dimensiones, redecillas para el pelo de cuentas de acero expuestas sobre redondeles de papel azulado, paquetes de agujas de hacer calceta, modelos de tapicería, carretes de cintas; en suma, una amalgama de objetos deslucidos y marchitos que dormían sin duda en aquel sitio desde hacía cinco o seis años. Todos los colores se habían vuelto de un gris sucio en aquel armario, que iban pudriendo el polvo y la humedad.

Hacia mediodía, en verano, cuando el sol abrasaba plazas y calles con sus rayos dorados, se divisaba, detrás de los gorros del otro escaparate, un perfil pálido y grave de mujer joven, perfil que se destacaba vagamente entre las tinieblas que reinaban en la tienda. Una nariz larga, fina y afilada prolongaba una frente estrecha y seca; los labios eran dos rasgos finos de un rosa pálido, y la barbilla, corta y nerviosa, se unía al cuello por una línea suave y carnosa.

No se veía el cuerpo, que se perdía en la sombra; sólo aparecía el perfil, de una blancura mate, en el que rompía un ojo negro muy abierto, y como sepultado bajo una espesa cabellera oscura. Y permanecía allí horas y horas, inmóvil y tranquilo, entre dos gorros en los que las varillas húmedas habían dejado unas manchas de robín.

Al atardecer, cuando se encendía la lámpara, se veía el interior de la tienda. Era ésta más larga que profunda; en un extremo había un pequeño mostrador y en el otro una escalera de caracol que conducía a las habitaciones del primer piso. Las paredes estaban cubiertas de vitrinas, armarios e hileras de cartones verdes; cuatro sillas y una mesa completaban el mobiliario. La tienda parecía desnuda, glacial; las mercancías, empaquetadas y apiñadas en los rincones, no desplegaban por todas partes su alegre algarabía de colores chillones.

Dos mujeres solían estar sentadas detrás del mostrador: la mujer joven del perfil serio y una anciana señora que sonreía mientras dormitaba. Esta última tenía unos sesenta años; su rostro, grasiento y plácido, blanqueaba a la claridad de la lámpara. Un gran gato atigrado, acurrucado en una esquina del mostrador, la contemplaba cómo dormía.

Más allá, sentado en una silla, un hombre de unos treinta años leía o conversaba en voz baja con la joven. Era pequeño, desmedrado y de aspecto apático; los cabellos, de un rubio descolorido, la barba rala y la cara llena de pecas le daban la apariencia de un niño enfermo y mimado.

Poco antes de las diez de la noche, la anciana se despertaba, cerraba la tienda y toda la familia subía a acostarse. El gato atigrado seguía a sus amos ronroneando, fro-

tándose la cabeza contra cada uno de los barrotes de la barandilla.

El piso de arriba se componía de tres habitaciones. La escalera daba a un comedor, que servía al mismo tiempo de salón. A la izquierda había una estufa de loza en un nicho; frente a ella se alzaba un aparador; además, unas sillas se alineaban a lo largo de las paredes, y una mesa redonda, despejada del todo, ocupaba el centro de la estancia. Al fondo, detrás de un tabique acristalado, se hallaba una oscura cocina. A cada lado del comedor había un dormitorio.

La anciana, después de haber besado a su hijo y a su nuera, se retiraba a su habitación. El gato se echaba a dormir en una silla de la cocina. Los esposos entraban en su cuarto. Este cuarto tenía una segunda puerta, que daba a una escalera que desembocaba en el pasaje por un angosto y estrecho pasadizo.

El marido, siempre temblando de fiebre, se metía en la cama; la esposa, mientras tanto, abría la ventana para cerrar las persianas. Y permanecía allí unos minutos, ante la gran pared, toscamente enjalbegada, que sube y se extiende por encima de la galería. La joven paseaba por aquella pared una mirada vaga y, sin decir palabra, se acostaba a su vez, con desdeñosa indiferencia.